

Valentina Olivastri

La DAMA del
LABERINTO

Título original: *La donna del labirinto*
Publicado a través de Loredana Rotundo
Literary Agent. Italia

Primera edición: 2015

© Valentina Olivastri, 2013
© de la traducción: CTL, 2015
© de esta edición: Bóveda, 2015
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
www.editorialboveda.com
ISBN: 978-84-15497-75-2
Depósito legal: SE. 101-2015
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

CAPÍTULO I.....	13
CAPÍTULO II.....	21
CAPÍTULO III.....	27
CAPÍTULO IV.....	33
CAPÍTULO V.....	41
CAPÍTULO VI.....	49
CAPÍTULO VII.....	59
CAPÍTULO VIII.....	65
CAPÍTULO IX.....	71
CAPÍTULO X.....	81
CAPÍTULO XI.....	87
CAPÍTULO XII.....	93
CAPÍTULO XIII.....	103
CAPÍTULO XIV.....	111
CAPÍTULO XV.....	119
CAPÍTULO XVI.....	131
CAPÍTULO XVII.....	141
CAPÍTULO XVIII.....	149
CAPÍTULO XIX.....	153

CAPÍTULO XX.....	165
CAPÍTULO XXI.....	175
CAPÍTULO XXII.....	183
CAPÍTULO XXIII.....	189
CAPÍTULO XXIV.....	193
CAPÍTULO XXV.....	199
CAPÍTULO XXVI.....	211
CAPÍTULO XXVII.....	221
CAPÍTULO XXVIII.....	229
CAPÍTULO XXIX.....	235
CAPÍTULO XXX.....	249
CAPÍTULO XXXI.....	255
CAPÍTULO XXXII.....	261
CAPÍTULO XXXIII.....	271
CAPÍTULO XXXIV.....	279
CAPÍTULO XXXV.....	289
CAPÍTULO XXXVI.....	297
CAPÍTULO XXXVII.....	303
CAPÍTULO XXXVIII.....	309
CAPÍTULO XXXIX.....	319
Agradecimientos.....	331

A Gioia, mi memoria

*Cuando yo ya no esté, amor mío,
no entonces por mí tristes canciones:
en mi tumba no plantes rosas,
ni un ciprés que me haga sombra,
que me recubra de la hierba el verde
salpicado de lluvia y rocío
y, si quieres, recuerda,
y, si quieres, olvida.*

CHRISTINA GEORGINA ROSSETTI

CAPÍTULO I

«**N**O CIERRES LOS PÁRPADOS, RESPIRA LENTAMENTE, no te muevas». Helena Fenton se lo repetía continuamente, pero no lo conseguía, se había quedado con la mirada fija, en la misma página, en el mismo punto: *No tengo ni una sola palabra de conforto. Te lo mereces. Te has matado. Sí, puedes besarme y llorar, arrancarme besos y lágrimas: te mancharán, te harán daño. Tú me amabas. ¿Con qué derecho me has abandonado? ¿Con qué derecho? Responde.*

Las palabras iban desapareciendo una tras otra en una sutilísima capa de hielo. Las lágrimas caían demasiado rápido: ni siquiera les daba tiempo a rozar las mejillas cuando ya se habían perdido debajo del mentón. En cuanto una voz metálica anunció, acompañada por numerosas disculpas, que el tren estaba a punto de salir, Helena cerró el libro, se secó los ojos e inconscientemente se volvió hacia la ventana. ¿De qué color era el cielo? ¿Dónde habían ido a parar los prados verdes de Kent, la estación de Ashford, la solitaria aguja de St Pancras? Encerrada en un tú-



nel con Heathcliff y Catherine, improbables compañeros de viaje, Helena no se dio cuenta de lo surrealista que había sido leer *Cumbres borrascosas* en un vagón parado en el fondo del océano, a medio camino entre Inglaterra y Francia. Pero el dolor supera la ironía y, por desgracia, también al viaje.

Aquella mañana el despertador sonó a las siete y media, pero Helena no se molestó en apagarlo; en realidad, ni siquiera lo oyó mientras contestaba al último correo. La maleta que había dejado apoyada contra la puerta estaba lista para que la arrastraran por las escaleras de caracol, a través del patio de la residencia, más allá de los muros de estilo gótico. Entre las siete de la mañana y las dos de la tarde, el Oxford Express salía cada veinte minutos. Al llegar a Londres, Helena se bajaría en la primera parada, cogería un taxi hasta la estación de St Pancras, facturaría, enseñaría su pasaporte americano y, después de una espera que pasaría entre los sorbos de un café y las páginas de un periódico, se metería en el Eurostar directo a París.

Más que de un viaje se trataba de una huida, no tanto de la grisura oxoniense o del inicio de otro año académico —los colegas de siempre, algún estudiante nuevo— cuanto de sí misma. Sabía muy bien que la ilusión de huir de la propia infelicidad pertenecía a la categoría de deseos imposibles, pero Ruri de Chevigné no era del mismo parecer y, después de varios meses de llamadas y mensajes, consiguió convencer a Helena para que aceptara su propuesta y se fuera con ella a París. A fin de cuentas, hasta la tristeza tiene derecho a un cierto estilo y, al contrario que Oxford, París podía conferir al dolor «un lirismo emble-

mático, un toque de grandeza, e incluso de encanto», o al menos eso era lo que sostenía Ruri, amiga de Helena desde la época de la universidad.

«Pero ¿qué dices? —había exclamado Helena al teléfono casi gritándole—, *¿un lirismo emblemático, un toque de grandeza, e incluso de encanto?*». Si no la conociera tan bien como para saber que con aquella afirmación al borde de lo absurdo y a dos centímetros de la maldad Ruri intentaba *desdramatizar*, Helena le habría colgado el teléfono sin pensárselo dos veces. ¿Cómo se podía desdramatizar la muerte de un hombre, de su hombre, por un banal accidente de tráfico? Helena era incapaz de comprenderlo. Sin embargo, sabía que tenía que irse de Oxford: las noches, todavía —un poco de agua, una pastilla de diazepam y las pesadillas desaparecían—, pero los días eran insostenibles. Hacía siete meses del accidente, pero la muerte de Dan Hunter le había parado la vida de golpe. Era una idea absurda, imposible de proyectar en el futuro. Ese era el problema: Dan ya no formaba parte de su futuro, era un vacío cada vez más grande que le abrumaba la mente, la despertaba al improviso, le paraba el tiempo. ¿Con qué derecho la había abandonado? *¿Con qué derecho?*

Aquel día de marzo, cuando Helena cogió el teléfono, un policía de una ciudad nevada de Nueva Inglaterra no solo le comunicó la muerte de su marido, la dinámica del accidente y la solicitud de reconocimiento del cadáver, sino que además le impartió la peor lección: que la vida sigue. Pero ¿cómo podía seguir dándole un sentido a las cosas: un fin de semana en la playa, una cena con amigos,

un nuevo corte de pelo, la publicación de la última novela de Richard Powers? Con el tiempo, le dijo Ruri. Pero ¿qué tiempo? ¿El que la oprimía, el que no conseguía quitarse de encima, el que la obligaba a mirar fijamente la misma página durante horas y horas y aun así le permitía afrontar nuevos compromisos, corregir los trabajos de sus alumnos y conversar en la mesa con los compañeros, ante los que no estaba dispuesta a demostrar hasta qué punto se sentía perdida?

Para sobrevivir, empezó a comportarse como si no hubiera pasado nada. Después de ir a Amherst, la ciudad más cercana al lugar del accidente, a firmar decenas de documentos y estrecharle la mano a otros tantos desconocidos, volvió a Oxford para seguir enseñando y participar en las reuniones de la facultad y la residencia, asegurándose de que la frialdad de los compañeros de trabajo no se convirtiera en conmiseración. Al final del trimestre volvió a ir a Nueva Inglaterra, pero esta vez se quedó en Boston, como habría hecho si Dan siguiera allí, esperándola. Durmió en el piso que tenían en Beacon Hill, uno de los barrios más elegantes de la ciudad; por la mañana se tomó un *croissant* en la pastelería a la que solían ir a desayunar y compró el periódico en el quiosco del final de Charles Street. Pero el parecido entre ambas vidas terminaba ahí, y ella era la primera que lo sabía. Los despachos de abogados, bancos y agencias de seguros estaban alterando la perspectiva de sus días con cartas y documentos cuyo único objetivo parecía ser confiscar los recuerdos privados, destrozando las imágenes que un tiempo les pertenecieron solamente a ellos dos.

Desde el momento en que se lo volvió a encontrar en la Toscana después de tantos años desde su amor de la universidad, el deseo de mantener las emociones a raya le exigió un esfuerzo cada vez mayor, así como el tener que convivir con unos pensamientos que le entraban en circulación como una multitud de toxinas. Hasta entonces, el modo de comportarse de Helena parecía inspirarse en los cuadros de Poussin, en aquellas figuras cuya búsqueda pasional de la racionalidad superaba la razón hasta helar los sentimientos. Su forma de ser impasible, a veces cínica, formaba parte de una refinada ilusión que Dan había conseguido derrumbar. Con él Helena se había expuesto, se había aventurado más allá de su propio laberinto. Pero ¿estaba segura de haberlo perdonado por todas las mentiras y engaños del pasado? ¿Podía confiar en él como ya lo hizo una vez?

Enamorarse del mismo hombre después de tanto tiempo podía constituir un problema que Helena prefirió no considerar. La cuestión era simple, por no decir banal: ninguno de los dos seguía siendo aquel chico y aquella chica que se conocieron en Harvard, un otoño cálido y repleto de promesas. Ruri se lo advirtió, pero todo fue inútil porque Helena se comportó como una niña testaruda e impulsiva.

Cuando le comunicó a su amiga la fecha de la boda con un correo electrónico tuvieron que transcurrir tres días antes de recibir una respuesta que escondía mucho más que unas cuantas dudas. ¿Cómo era posible que la rabia y el orgullo herido no hubieran dejado ni rastro en el ánimo de Helena? Con todo, Ruri no supo declinar la

invitación al rito civil, con pocos invitados y cena exclusiva.

El matrimonio, pensaba Helena, en lugar de cambiarle la vida se la enriquecería, si bien por el momento Dan tuviera que seguir viviendo en Boston para ocuparse de su galería de arte y ella en Oxford, justo encima de la biblioteca, en uno de los pisos de las tres torres de la residencia. Se verían cada quince días: un plan perfecto, nada de rutina y mutuo respeto del espacio personal. La distancia kilométrica no sería un problema. Pero Helena no había tenido en cuenta que las incomprendiones se abren paso inadvertidamente, anidan en los recovecos de una conversación cuyas pausas quedan fuera de lugar, las palabras pierden espontaneidad y la ambigüedad se convierte en una duda que, como arena, se interpone entre las frases y las hace chirriar. Hacía meses que Helena resentía la distancia. Aunque se lo hubiera quitado de la cabeza, justificándolo de un modo más o menos ilusorio, aquel desfase que volvía a asomarse al improviso en un gesto banal, en una excursión desganada a la bahía de Cape Cod o en un regalo hecho a la ligera le había impedido pedirle a Dan una explicación que habría podido aliviarla, o tal vez inquietarla aún más.

Y ahora lo único que le quedaba era un sentimiento de culpa absolutamente inútil. A lo mejor hasta él habría querido hablar con ella pero no lo había hecho por temor, por discreción o para que no se preocupara. ¿Por qué, si no, el sábado antes del accidente no le había dicho que pensaba ir a Amherst al día siguiente? «Me quedaré en casa; estoy cansado y tengo que contestar a varios correos.

Además, por la noche tengo que ir a cenar con Timothy». «¿Quién es Timothy?», le había preguntado. «Timothy James, creo que no lo conoces».

En sus recuerdos, su última llamada terminaba así, con una mentira y un nombre surgido de la nada, un nombre que, al ser tan común, parecía pensado adrede para desorientarla. Amherst estaba a dos horas de Boston en coche, pero ¿por qué aquel domingo por la mañana Dan decidió reservar una habitación en un hotel y salir tan temprano a pesar de que hubieran advertido por la radio que se acercaba una tormenta de nieve?

El accidente tuvo lugar en la Amherst Road, justo después de un pequeño lago. El exceso de velocidad y la carretera helada, cubierta de nieve fresca, habían hecho que Dan perdiera el control del coche, que se salió de la carretera y se estrelló contra unos árboles. Helena ya ni se acordaba de cuántas veces se había detenido en la prosa clara y concisa del informe que con encarnizada lentitud reconstruía las fases del accidente. La trayectoria del vehículo, el inútil frenazo, la fuerza del impacto: gráficos y números que en la mente de Helena se convertían en astillas de corteza que, al saltar del tronco de los arces, atravesaban el aire gélido; cristales de faros que como el papel se posaban sobre la nieve; manchas oscuras de sangre que se extendían sobre la palidez de la piel.

Helena se había propuesto sobrevivir. Durante los primeros meses después de la muerte de su marido, los viajes a Boston la mantuvieron ocupada, pero al volver a Oxford para afrontar el nuevo trimestre empezó a notar que la voluntad le flaqueaba. La noche en que le dijo a

Ruri que aceptaría su propuesta —un trabajo de investigación en la Fundación Duval y vivir juntas compartiendo piso—, se sintió aliviada. ¿Qué otra cosa podía hacer con su año sabático, con aquel manojito de días vacíos?

El Eurostar entró por fin en la estación. Cuando Helena entrevió a Ruri cerca de un quiosco de la Gare du Nord, apretó el paso y fue a su encuentro con una sonrisa. En París aún no parecía otoño.